

LIBRO SEGUNDO

LAS GUERRAS DE RELIGIÓN EN TIEMPO DE CARLOS IX

CAPITULO PRIMERO

EL TRIUNVIRATO (1)

I. Mudanza de Catalina.—II. Furor de los partidos.—III. Guerra en Francia y socorro de Inglaterra.—IV. La muerte de Guisa y la paz.

I.—Mudanza de Catalina

Aun antes del Coloquio de Poissy y de los edictos de tolerancia, el condestable de Montmorency, el duque de Guisa y el mariscal de Saint-André, alarmados por los progresos de la Reforma y por las complacen-

(1) FUENTES: *Letres de Catherine de Médicis*, I. *Mémoires de Condé*, II-IV, 1743. *Mémoires-journaux du duc de Guise. Correspondance de François de Lorraine avec Christophe duc de Wurtemberg*, «Bulletin de la Société de l'hist. du protestantisme français», XXIV, 1875. Bagueault de Puchesse, Auvray y B. de Lacombe, *Documents sur les guerres de religion dans l'Orléanais 1560-1565*, 1902. J. Stevenson, *Calendar of State papers, foreign series, of the reign of Elizabeth*, V. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 1.ª parte. Baum y Cunitz, *Histoire ecclésiastique*, I-III. *Archives curieuses*, de Cimber y Danjou, IV y V. *Journal de 1562*, «Revue retrospective», V. *Les Mémoires de Messire Michel de Castelnau, seigneur de Mauvissière*, ed. Le Laboureur, 1731, I y II. *Commentaires et lettres de Blaise de Montluc, maréchal de France*, ed. de Ruble, «Soc. H. F.» 1864 1872, II-IV. *Mémoires de Claude Haton, curé de Provins*, publicadas por Bourquelot, I, 1857. «Coll. Doc. inéd.» La Noue, *Discours politiques et militaires*, 1587. Lalanne, *Oeuvres complètes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme*, «S. H. F.» IV. *Mémoires de Gaspard de Saulx-Tavannes*, Michaud et Poujoulat, 1.ª serie, VIII. Loys de Perussiis, *Discours des Guerres de la Comté de Venayscin et de la Provence*, «Pièces fugitives pour servir à l'histoire de France», publicadas por el marqués de Aubais, 1759, I. Brun-Durand, *Mémoires d'Achille Gamon avocat d'Annonay en Vivarais*, 1552-1586, Valence, 1888. *Belcarii Peguillonis, Rerum gallicarum Commentarii*, 1625. (La Popelinière) *Histoire de France*, I, 1581. D'Aubigné, *Histoire universelle*, II. De Thou, *Histoire universelle depuis 1543 jusqu'en 1607*, traducida de la edición latina de Londres, 1734, IV.

OBRA DE CONSULTA, Lavissee, *Le massacre fait à Vassy*, en las «Grandes Scènes historiques du XVI siècle», 1886. De la Ferrière, *Le XVI^e siècle et les Valois d'après les Documents inédits du British Museum et du Record office*, 1879. De Ruble, *Antoine de Bourbon et Jeanne d'Albret*, IV. El mismo, *Assassinat de François de Lorraine, duc de Guise*, 1897. Bouillé, *Histoire des ducs de Guise*. Forneron, *Les ducs de Guise et leur époque*, I y II, 1877. D'Aumale, *Histoire des princes de Condé*, I. Delaborde, *Gaspard de Coligny*, II. Lingard, *Histoire d'Angleterre* (trad. de Wailly), 1844, IV. Froude, *History of England* (1879), VI-VII. Decrue, *Anne, duc de Montmorency*. Bernard de Lacombe, *Catherine de Médicis entre Guise et Condé*, 1879. Pingaud, *Les Saulx-Tavannes*, 1876. (Comte de Bastard), *Vie de Jean de Ferrrières, Vidame de Chartres*, Auxerre, 1885. D. Vaissète, *Histoire du Languedoc*, nueva edición, XI y XII, Tolosa, 1889.

cias de la reina, se habían puesto de acuerdo para hacer frente a los protestantes y a la Corte, a la que consideraban como juguete ó cómplice de éstos (6 de abril de 1561).

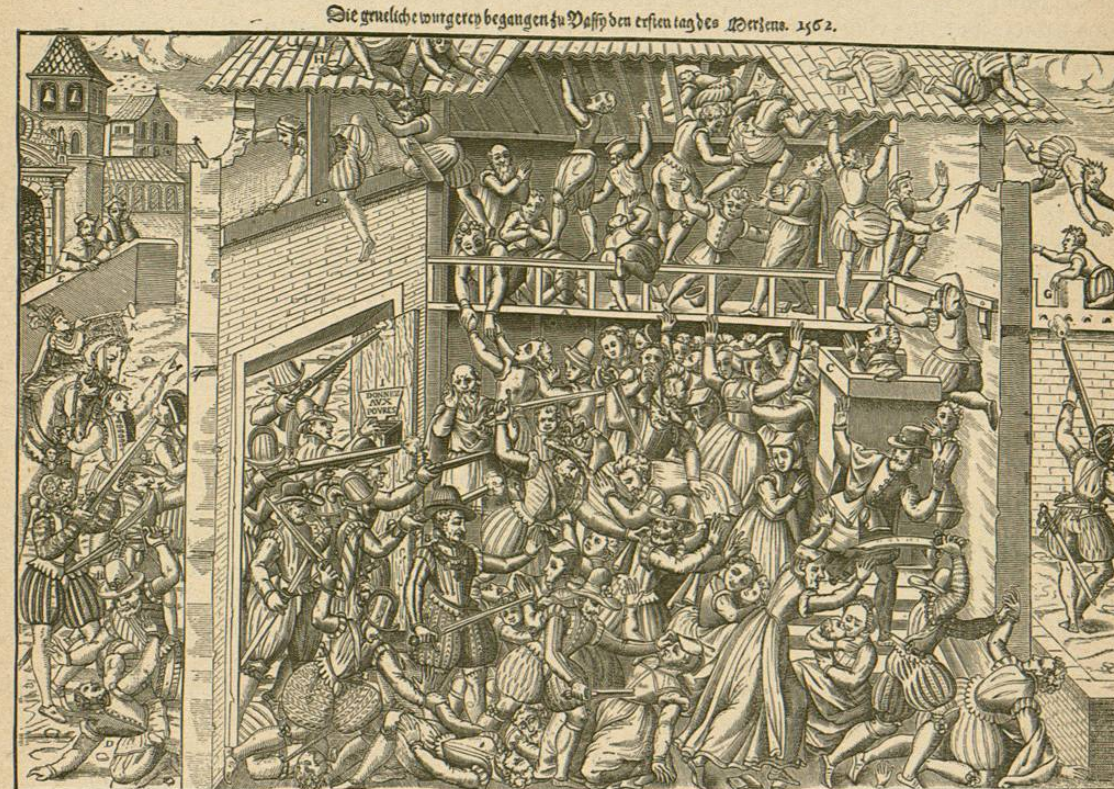
Su propósito era bastante claro, pero el *Sommaire des choses accordées* (Sumario de cosas convenidas) entre los Triunviro les atribuye los proyectos más fantásticos, tales como el de exterminar a todos los calvinistas franceses, el de ceder Ginebra a Saboya y Navarra al rey de España (hasta agosto no reingresó Antonio de Borbón en el catolicismo), y por último el de organizar una cruzada contra los príncipes protestantes de Alemania. Para obtener los recursos necesarios, los prelados católicos, según la propia fuente, debían concretarse a vivir con algunos miles de escudos y los Padres del Concilio de Trento habían de autorizar el alistamiento de los sacerdotes y de los frailes.

Estas invenciones son de procedencia enemiga; sin embargo, es cierto que los jefes del partido católico se pusieron en relación con España y con Roma. Montmorency encargó al Sr. de Rambouillet que ofreciera al Papa el testimonio de su gran piedad y devoción a Dios y a la Santa Sede apostólica; y Pío IV, en su respuesta, manifestábase convencido de que la «autoridad y la buena voluntad del Condestable prevalecerían contra la intención perversa de los enemigos de Dios y del reino (carta de 23 de junio de 1561). Al mismo tiempo, exhortaba el Papa a Carlos IX a que no *economizara el hierro ni el fuego* contra la herejía.

España apartó del protestantismo a Antonio de Borbón, habiendo bastado para ello la vaga seguridad de resolver a satisfacción suya el eterno litigio de Navarra. El embajador español impulsó a este neófito contra los Chatillón, nunca tan poderosos, al parecer, como entonces, puesto que los tres formaban parte del Consejo. Catalina cerraba los ojos a los manejos del Almirante, acusado de favorecer por bajo mano el corso contra la marina española y de meditar la fundación de una nueva Francia protestante en América, en territorios que Felipe II consideraba como suyos, lo cual era transportar al otro extremo del mundo la lucha de las dos religiones y amenazar a España en su situación privilegiada de potencia colonial. En el puerto del Havre había una escuadrilla pronta a partir, y Juan Ribaut, que la mandaba, había embarcado colonos y soldados; Chantonmay denunció al Consejo esos actos de piratas, y habiendo Catalina salido a la defensa del almirante y fiadora de la conducta de éste, el embajador volvió a la carga, declarando a la regente que era pro-

ciso optar entre Felipe II y los tres Chatillón y amenazando con retirarse (febrero de 1562). Ofendida por aquel lenguaje, Catalina le ordenó que partiera, pero en el fondo estaba cansada de la lucha y desesperada por las dificultades que tenía que vencer, sirviendo su aparente constancia tan sólo para disimular derrotas íntimas cuyo secreto habían sorprendido los observadores sagaces. Dejó que se alejara Coligny, que veía sus apuros y desconfiaba de su firmeza (22 de febrero

en latín y en francés de la confesión de Augsburgo, y Guisa habíase declarado tan satisfecho de los artículos referentes a la Eucaristía como poco lo había estado de la doctrina de Ginebra, «que es, decía, totalmente opuesta.» Presentábase como hombre deseoso de instruirse que «hace todo lo que puede y debe un príncipe hombre de bien para conocer a Dios...» y sin disimular su adhesión a la Iglesia romana, no manifestaba repugnancia alguna en escuchar a los doctores de la otra opinión.



La matanza de Vassy. (Copia de un grabado de la época.)

de 1562); y d'Andelot y el Cardenal no tardaron en abandonar la corte. Sus hijos dejaron de rezar en lengua vulgar, y prohibió a sus damas de honor que asistieran a los oratorios protestantes; pero al mismo tiempo sentíase humillada por su propia debilidad y por despecho relegó a una provincia al mariscal de Saint-André y separó del Consejo privado al representante más autorizado del partido católico, al cardenal de Tournón.

Los Guisa procuraban atraerse a los príncipes luteranos de Alemania más próximos a la frontera a fin de aislar a los protestantes franceses y de privarles de todo auxilio del exterior, siguiendo en esto la misma política que había inspirado al cardenal de Lorena la idea de convocar a los teólogos de la confesión de Augsburgo para ponerlos frente a frente de los ministros de Ginebra. El duque de Guisa había escrito en julio de 1561 al duque de Wurtemberg, ferviente luterano, poniéndole en guardia contra las gentes que «no hacen más caso de vuestra confesión y forma de Iglesia que de la del Papa,» y pidiéndole sobre cosas de religión un consejo «que sé que ha de ser por fuerza recto y virtuoso.» El duque de Wurtemberg, halagado por tales insinuaciones y cumplidos, le había enviado ejemplares

El duque de Wurtemberg, juguete de aquella comedia, consintió en celebrar una entrevista y aun expresó el deseo de que a la misma asistiera el cardenal de Lorena. Efectuóse aquella en Saverne, en tierras del obispo de Estrasburgo (15-18 de febrero de 1562) y en ella mostróse el Cardenal tal como deseaba el príncipe luterano, es decir, apartado de toda intransigencia sistemática y hasta favorable a las doctrinas de la confesión de Augsburgo. Las conferencias que juntos tuvieron para tratar de la justificación, de la misa y de la Eucaristía, hicieron concebir al príncipe la esperanza de hacer que Francia aceptara una Reforma mitigada, y aun se sentía algo inclinado a creer que el Coloquio de Poissy había fracasado por culpa de los calvinistas. Si se celebraba una conferencia de gentes sabias y de espíritu conciliador, a la que fuesen invitados «algunos ministros de Alemania,» daría buenos frutos ó cuando menos «las Iglesias quedarían como están en Alemania, a fin de que cada cual pueda vivir al lado de los demás en buena paz y unión...»

Diez días después, el 1.º de marzo, el duque de Guisa, yendo de Joinville a París, pasaba por Vassy con su escolta de gentileshombres y servidores y acompañado de su hermano, el cardenal de Guisa, de sus hijos

y de su esposa que estaba encinta; y como era dominico, se detuvo allí para oír misa. La iglesia distaba un tiro de arcabuz de una granja en donde celebraban su culto los reformados de la población y de sus alrededores, los cuales, á pesar de ser Vassy ciudad cerrada, habían establecido en ella un templo, contra lo que preceptuaba el Edicto de enero, siendo su comunidad numerosa y entusiasta á pesar de contar pocos años de existencia. Algunos meses antes, el obispo de Chalóns, Jerónimo Bourgeois, que fué allí para amonestar á aquellos habitantes á que vivieran católicamente, había sido censurado por el ministro protestante y había tenido que retirarse en medio de la rechifla y de los gritos de «¡Al lobo!, ¡al zorro!» La madre de los Guisa, Antonieta de Borbón, que residía en el castillo de Joinville, sufría con impaciencia la presencia de la herejía tan cerca de ella, en una ciudad que formaba parte del patrimonio de su nieta, María Estuardo; pero hasta sus propios súbditos concurrían al oratorio de Vassy. El duque de Guisa había resuelto prudentemente no permanecer en la población, «queriendo, según él mismo dice, evitar las ocasiones de que algunos de los míos puedan provocar ni decir palabras á los de dicha ciudad, y que ni unos ni otros disputaran de religión;» por esto pensaba estar allí tan sólo el tiempo de oír misa.

Acababa de entrar en la iglesia cuando le avisaron que los reformados, en número de unos quinientos, se disponían á celebrar su culto. Aquellas gentes «escandalosas, arrogantes y muy temerarias,» eran en gran parte vasallas suyas. Creyendo tal vez que se trataba de una bravata, salió del templo para ir á echarles en cara la insolencia de su conducta; pero el joven La Brosse y algunos gentileshombres se le habían adelantado y fueron los primeros en penetrar en la granja. «Señores, tomad asiento,» les dijeron los allí reunidos; á lo cual parere que contestaron: «¡Vive Dios! Es preciso matarlos,» siendo entonces echados del oratorio.

Los fieles, alarmados, levantaron una barricada en la puerta de la granja, y algunos se apostaron sobre la entrada, encima de un andamio en donde habían hecho provisión de piedras que lanzaron contra el duque y sus acompañantes cuando los vieron acercarse. A consecuencia de ello resultaron heridos algunos gentileshombres y el propio Guisa recibió una contusión, acudiendo entonces en su auxilio la escolta que contestó á las pedradas con disparos de arcabuz. La puerta fué derribada y los asaltantes se arrojaron con furia sobre la multitud; los protestantes que trataron de huir por los tejados fueron arcabuceados como «palomos,» y los que consiguieron salir por la puerta hubieron de pasar por entre dos filas de soldados y lacayos que se cebaban en ellos. Cuando el duque de Guisa puso término á la matanza, había veintitrés muertos y más de cien heridos.

Guisa no sintió ningún remordimiento, ni escrúpulo ni duda. «Algunos vecinos y vasallos míos, escribía á uno de sus lugartenientes, han querido realizar una hazaña y han herido á una docena de mis gentileshombres; pero ellos lo han pagado. Estos son sus bellos Evangelios.» Se alejó llevándose á varios prisioneros que se proponía entregar á los magistrados como perturbadores y sediciosos. Pero si su conciencia de nada

le acusaba, en cambio temía el efecto que aquella sangrienta jornada podía producir; y como no quería aparecer deseoso de quimeras, mostróse prudente, no pasó por Vitry, en donde quinientos ó seiscientos reformados, noticiosos de la matanza, habían empuñado las armas, y acampó en las afueras de Chalóns, sin querer entrar en esta ciudad de la que eran dueños, á pesar de ser minoría, los protestantes. Lo que más temía, sin embargo, era la opinión de la Alemania protestante, pues comprendía que lo ocurrido en Vassy comprometería los resultados de la entrevista de Saverne y que por haber cedido á un movimiento de cólera perdía todo el beneficio de su diplomacia. Los príncipes alemanes no le perdonarían jamás aquella violencia cometida tan á raíz de sus protestas de dulzura, conciliación y humanidad; el duque lo sabía perfectamente y su carta al duque de Wurtemberg informándole del «accidente» revelaba la contrariedad que sentía.

Pero esta impresión dispuso rápidamente merced á los aplausos de su partido: los católicos celebraron la matanza como una victoria; el condestable salió á recibir al vencedor en Auteuil; y Guisa entró triunfalmente en París, acompañado de los triumviros y escoltado por una tropa armada que el embajador inglés, Trockmorton, estima en tres mil hombres (16 de marzo de 1562). El Preboste de los mercaderes, que le esperaba en el palacio de Guisa, le felicitó en nombre de la ciudad y le ofreció veinte mil hombres y dos millones en oro para pacificar el reino; á lo que él respondió que esto era de la incumbencia del rey de Navarra y de la reina madre, y que en su calidad de súbdito del rey se honraba obedeciéndole.

Los protestantes se armaron para obtener justicia ó tomar venganza de aquellos asesinatos; Condé, jefe del partido por la defección del rey de Navarra, reclutaba soldados, y todos los días llegaban á París hidalgos que iban á ponerse á sus órdenes; de modo que podía temerse hasta una batalla en las mismas calles de la capital.

Catalina, que no desesperaba de salir de esta crisis mediante un compromiso, nombró gobernador de París al cardenal de Borbón que, por su cualidad de Borbón y de católico, podía ser grato á los dos partidos. Este mediador, ayudado por los presidentes del Parlamento, decidió que Guisa y Condé salieran de París (17 de marzo); pero el Preboste de los mercaderes suplicó al jefe católico que no abandonara la ciudad, y Guisa y Condé se quedaron.

La reina madre se hallaba entonces en Fontainebleau. Los temores que le inspiraban los triumviros y acaso también ciertas simpatías desinteresadas, la impulsaban hacia los protestantes y el príncipe de Condé, á quien desde el 16 al 26 de marzo escribió cuatro cartas, recomendándole á la madre, al hijo y al reino... «Jamás olvidaré lo que hacéis por mí, y si muero antes de poder agradeceroslo como deseo, dejaré una instrucción á mis hijos.» Condé dejó escapar esta ocasión de poner de su parte la legalidad: obligado á marcharse de París, en donde no podía sostenerse contra una población fanática, hubiera debido correr á Fontainebleau y llevarse consigo á la regente y al rey; pero acaso esperaba que Catalina, por su propio impulso, se pondría bajo su protección y quiso, por consiguiente,

evitar hasta la apariencia de una coacción; ó quizás no se hizo cargo de que la posesión del rey valía la «mitad de Francia.»

Mientras se detenía en Metz, los triumviros fueron á Fontainebleau acompañados de mil jinetes (27 de marzo) é invitaron á la reina madre á volver á París. Catalina suplicaba al rey de Navarra que la dejara libre y éste vacilaba, cuando se presentó el duque de Guisa; entonces Antonio recobró su energía y amenazó con dar de palos «á los que no querían desarmar la cama del rey por miedo á la reina.» La corte prisionera regresó á París debidamente escoltada; la regente lloraba de rabia, y Guisa le decía: «Un bien, sea hijo del amor ó de la violencia, no deja de ser siempre un bien.»

La reina no perdió el tiempo en lamentaciones, y considerando que la culpa de que fuese prisionera de los católicos la tenían los protestantes, se inclinó de nuevo á los vencedores. Como las cartas que había escrito á Condé eran muy comprometedoras, pretendió probar á Felipe II, al cardenal de Chatillon y al mismo Condé, que no tenían el significado que parecían tener. El príncipe, fundándose en aquella correspondencia, sostenía que la reina y el rey, prisioneros, no eran libres de sus actos; pero Catalina volvió con toda seriedad este argumento contra los aliados de la víspera, «los cuales, según debo creer, retienen contra su voluntad á mi primo el príncipe de Condé... para dar más autoridad á sus actos,» afirmando que ella y su hijo eran bien libres y que si algunos prisioneros había, eran «los dichos príncipes y señores (los triumviros), cuyos corazones y cuyas vidas tenemos mi dicho hijo y yo tan leales al bien de esta corona, que los veo dispuestos á sacrificarlos por la conservación de la misma...» (11 de abril). Después de estas declaraciones, los triumviros no podían, sin inferirle gran agravio, tener á Catalina apartada del gobierno, sino que en su propio interés y en el de su causa conveniales hacerse suya á la madre del rey, para lo cual estaban obligados á restituírle el poder. Esta fué la recompensa del cambio de actitud de la regente, que se encargó de la dirección del partido católico.

II.—Furores de los partidos

Era evidente que la guerra se aproximaba. En el momento en que los primeros golpes iban á comprometer el porvenir (¡y qué porvenir!) los jefes del partido protestante vacilaban: d'Aubigné ha referido, en una página célebre, cuántas súplicas y cuántos reproches hubo de emplear la almiranta de Coligny para decidir á su esposo á tomar las armas; también á Condé le repugnaba emprender la lucha «contra su nación» y trataba de convencer á los príncipes y á los pueblos y de convenirse á sí mismo de la justicia de su causa, exponiendo en su declaración de 8 de abril de 1562 que había empuñado las armas para libertar al rey y á la reina y hacer respetar el Edicto de enero y la paz religiosa pisoteados por el duque de Guisa.

El Parlamento, ante el cual hizo presentar este manifiesto, sólo á la fuerza había registrado el Edicto de enero y hasta había consejeros que, en son de protesta, enviaban á sus hijos al colegio de Clermont que acababan de abrir los jesuitas; de aquí que contestara que el rey y la reina eran libres, que todos los edictos tenían

un carácter provisional, y que no se dictaban para introducir innovaciones en materia de religión, sino para evitar los disturbios religiosos: «Si ha habido desobediencia al último edicto (Edicto de enero) como la hubo al primero (Edicto de julio de 1561), la conservación ó cambio de leyes le corresponde á él (al rey) y no á los que están sometidos á su autoridad y por las armas.» Los reformados quedaban, pues, advertidos de que contra las violencias legales no había más recurso que la resignación y la obediencia.»

El manifiesto de Condé era objeto de mayor consideración en el extranjero. Los príncipes alemanes á quienes había escrito, el duque de Wurtemberg, el Elector palatino, el landgrave de Hesse y otros más, le ofrecieron sus simpatías. Las cartas de Catalina, que el arzobispo de Nevers, Jacobo Spifame, ahora embajador de los hugonotes, comunicó á la Dieta de Francfort, demostraban que la reina madre había solicitado el concurso armado de Condé: ¿cómo explicar, pues, su brusco cambio más que por una coacción? Ciertamente que Catalina y su hijo afirmaban que eran libres, pero sus afirmaciones podían ser atribuidas á inspiraciones ajenas; y si el rey era prisionero, el alzamiento en armas de Condé resultaba legítimo y los protestantes de Alemania, aliados de Francia, podían sin escrúpulo socorrer á sus correligionarios franceses.

El día 2 de abril de 1562, los pocos centenares de hidalgos agrupados en torno de Condé se habían apoderado, por decirlo así, al galope de Orleans. Los reformados empuñaron las armas en todas partes y algunos afortunados golpes de mano les hicieron dueños de Angers, Tours, Blois y de toda la región media del Loira. En el valle del Ródano, uno de sus capitanes, el barón de los Adrets, sorprendió en Valence y dejó matar al lugarteniente de Guisa, La Motte-Gondrin (27 de abril); y tres días después, los sublevados entraron por sorpresa en Lyon, la segunda ciudad del reino.

Aquellas derrotas habían abatido la audacia de los triumviros; de aquí su condescendencia con Catalina y la iniciativa que le dejaban. La reina madre pudo salir de París é instalarse en Monceaux (mayo de 1562), como si la violencia de Fontainebleau jamás hubiese existido, y entonces, libre de sus actos, multiplicó las negociaciones, circulando entre París y Orleans sus emisarios, hombres togados ó eclesiásticos, políticos tolerantes ó indiferentes, adictos á su causa y á la causa de la paz, como Arthus de Gossé, señor de Gonnor, el abad de Saint-Jehan de Laón, el mariscal de Vieilleville, el señor de Villars y el obispo de Valence, Monluc, quienes encontraron á los protestantes resueltos á exigir el restablecimiento del Edicto de enero y la retirada de los triumviros.

Catalina acarició la ilusión de triunfar allí donde tantos otros habían fracasado, y confiada en su habilidad y segura del encanto de sus modales y de su ingenio, quiso hacer en Condé la prueba de su diplomacia. A las negociaciones siguieron las entrevistas, pero estas no tuvieron ya éxito alguno (junio de 1562).

Entonces imaginó un desenlace que nada tenía de vulgar. Monluc, que era su más íntimo confidente y que tenía también las simpatías de Condé, encargóse de sugerir á éste la idea de «hacer brillar su justificación con toda suerte de buenos ofrecimientos y buenos actos á

fin de que no se imputara á él ni á la causa que defendía la culpa de las futuras miserias,» para lo cual bastaría que en su próxima entrevista con la reina se ofreciera á salir del reino con sus compañeros, declaración que cerraría la boca á sus enemigos y facilitaría la paz desde el momento en que apareciesen tan puras sus intenciones. Condé, creyendo sincero el consejo, afirmó, en la primera ocasión que se presentó, que sus amigos y él abandonarían el país si ello era preciso para asegurar la paz pública; mas «apenas hubo pronunciado la última frase, la reina le cogió por la palabra» y le autorizó para vivir fuera de Francia hasta que el rey llegara á la mayor edad. Necesitábase, sin embargo, que Catalina tuviese una gran dosis de ilusión para contar con semejante promesa. En efecto, el almirante, á fin de relevar de su compromiso al jefe del partido, se apresuró á consultar con el ejército protestante, y los soldados á una respondieron «que la tierra de Francia los había engendrado y les serviría de sepultura (1).» Y cuando el señor de Fresne (Robertet), secretario de órdenes, fué á avistarse con el príncipe para fijar por escrito las condiciones de su partida, convenciéndose «de que se necesitaba algo más que papel para echarlo fuera.»

Mientras los políticos procuraban llegar á un acuerdo, los partidos recurrían á la violencia.

En Sens se reprodujeron las escenas de Vassy. A un llamamiento de un dominico llamado Begueti, que «tocó el primero como la trompeta,» los católicos de la ciudad y de sus alrededores, reunidos para una romería, corrieron al templo y lo demolieron (12 de abril), y los protestantes fueron arrastrados por las calles, maltratados, asesinados y arrojados al río. «Sucedió, dice Claudio Hatón, que muchos presbíteros y monjes, especialmente de la abadía de Saint-Jean, fueron muertos y arrastrados al río Yonne, por tenerseles y considerárseles como hugonotes. Maese Mateo de Charlemaisón, deán de la iglesia de la citada Sens y vicario general del arzobispado, escapó de dicha sedición á causa de su ausencia porque en la citada Sens se le tenía por hugonote, y si en los momentos de la excitación hubiese sido hallado, habría ido á alimentar á los peces del Yonne como los otros. La matanza fué grande (2)...» Los cadáveres, arrastrados por la corriente, bajaron del Yonne al Sena y de allí se fueron á París, en donde de cuando en cuando estos ahogados pasaban por debajo los puentes. El Parlamento abrió una información, pero no dió con ningún culpable. En realidad, lo que no había ya era justicia.

En julio, hubo nueva matanza en Tours, en donde doscientos hugonotes fueron llevados al Loira y una vez allí muertos á golpes ó ahogados. Algunos capitanes y gobernadores de provincias excitaban al populacho al asesinato y hacían que sus soldados se emplearan en esta sangrienta obra: en el Maine, la compañía del señor de Champaña cometió horribles crueldades; en Moulins, Montaré, nombrado gobernador, «daba mucho que hacer al verdugo, á quien llamaba su compadre y mimaba hasta el punto de hacerle comer en su mesa;» Monluc mataba á sangre fría después de la batalla, pero

(1) La Noue, *Discours politiques et militaires*, XXVI, capítulo IV.

(2) *Claude Huton*, I, pág. 193.

prefería la horca como más ejemplar, pues «un ahorcado asombra más que cien asesinados;» y un Borbón, el duque de Montpensier, restableció en Angers la unidad religiosa, suprimiendo los disidentes, mandando ahorcar, decapitar y enrodrar á los hombres, «rebautizar á los niños» y arrastrar á las mujeres á misa, «por fuerza y al son del tamboril.»

El Parlamento declaró fuera de la ley á los protestantes; en efecto, un edicto de 13 de julio de 1562 permitió á todos los villanos y habitantes de todas las ciudades, aldeas, burgos, caseríos y tierras llanas armarse y perseguir á los saqueadores de iglesias y de imágenes y á las personas que se reuniesen para celebrar conventículos y asambleas ilícitas, sin que por ello los dichos villanos y habitantes pudiesen ser acusados, perseguidos ó molestados por justicia.»

Este edicto se leyó públicamente «todas las fiestas y domingos... en las parroquias.» «De esta manera, en menos de nada, dice la *Histoire ecclésiastique*, los bandidos y ladrones, los vagabundos y libertinos, peregrinos de toda clase, mendigos y pordioseros se armaron y montaron como hidalgos; los simples labriegos que jamás habían visto desenvainar una espada, abandonaron sus labores y los artesanos sus tiendas, convirtiéndose en un instante en tigres y leones hasta el punto de que las mujeres mismas, presas de rabia y fuera de sí, partían en guerra con los hombres (3).» «No es posible escribir las crueldades más que bárbaras é inhumanas» que se cometieron en muchos sitios, especialmente en el Anjou y en el Maine. El populacho, «ese gran lebrél,» daba caza á los hugonotes con furioso entusiasmo; y el mismo duque de Guisa se conmovió ante los excesos de la «comuna» y «detestó aquellas elevaciones.»

Los protestantes asesinaron á sacerdotes y á frailes, pero estos crímenes, por lo demás poco numerosos, causaron menos impresión que los saqueos de los templos. La pompa de las ceremonias católicas, el decorado de los altares, los Cristos ensangrentados y coronados de espinas, y los santos representados en sus martirios y en su triunfo, todos estos espectáculos, todos estos hechizos de la imaginación, eran considerados por los discípulos de Calvino como un resto de paganismo, como una idolatría. Los arcabuceros de Montgomery, el día de su entrada en Bourges, maltrataron á golpes el portal de San Esteban en donde se desarrolla la escena del Juicio final (27 de mayo). Esos iconoclastas lo primero que hacían, al apoderarse de las ciudades, era «invadir las iglesias, rompiendo los crucifijos, derribando las estatuas y despojando los altares. Los soldados ostentaban sobre sus hombros, en mascaradas sacrílegas, los ornamentos sagrados; y más de un raitre se hizo un jubón de las casullas bordadas en oro y sedas; y los relicarios, copones y cálices fueron fundidos en barras y convertidos en monedas y las campanas transformadas en cañones. En Angers, en Tours, en Blois, en Poitiers, en Bourges, en Lyon, en Orléans, en todas partes en donde dominaron los protestantes, las iglesias quedaron vacías, con sus paredes y sus altares desnudos, sin sacerdotes, sin imágenes y sin culto (4).

Ni siquiera respetaron las sepulturas: en Craón, rom-

(3) *Hist. ecclésiastique*, II, pág. 685.

(4) Claudio de Saintes, *Discours sur le saccagement des églises... en 1562*, «Archives curieuses,» IV.

pieron la urna en que estaban depositadas las entrañas de Anne de la Tremoille y las esparcieron por el suelo; en el Mans, arrancaron de la tumba el cadáver de un cardenal de Luxemburgo; en Orléans quemaron el corazón de Francisco II y en Clery los restos de Luis XI; y en Bourges profanaron la tumba de Juana de Francia, la esposa repudiada de Luis XII. Vengábanse en los muertos de las miserias de la hora presente, y así los antepasados del rey de Navarra pagaron las culpas de éste y en la misma presencia de Juana de Albret fueron destruidos en Vendome los sepulcros de los Borbones. No es necesario decir el escándalo que produjeron esas ejecuciones salvajes que no respetaban la fe, ni los recuerdos del pasado, ni el reposo de los muertos.

III.—Guerra en Francia y auxilio de Inglaterra

La reina madre había pedido ayuda al duque de Saboya, al papa y á Felipe II, y mientras ella alistaba raitres y lansquenets en Alemania y 6.000 suizos en los cantones católicos, el duque de Guisa aumentaba las antiguas partidas francesas con las nuevas levadas y formaba con ellas veintisiete abanderamientos de tropas de á pie. El mando de estas fuerzas correspondía de derecho á Antonio de Borbón, quien tenía á sus órdenes al condestable, al mariscal de Saint-André y al duque de Guisa.

El ejército protestante era inferior en número, pero superior en calidad; su caballería se componía únicamente de voluntades nobles; y la mayor parte de los soldados luteranos licenciados en tiempo de Francisco II, aquellos á quienes los triunviros pedían «certificación de sus párrocos y vicarios de que eran buenos católicos,» se habían pasado á los hugonotes; y el Mediodía enviaba 5.200 infantes, gascones, bearneses, languedocianos. Los lugartenientes del príncipe de Condé, Soubisse, Francisco de Hangest, señor de Genlís, y su hermano Juan, señor de Yvoy, La Rochefoucauld, el príncipe de Porcien y sobre todo los dos Chatillón, d'Andelot y Coligny, eran hombres que habían demostrado prácticamente lo que valían. A medida que los soldados llegaban á Orléans, Condé y Coligny los distribuían en compañías y los sometían á la disciplina más severa; y los ministros protestantes ayudaban á los jefes á establecer el orden, la piedad y las buenas costumbres. En el campamento de Vossodún, junto á Orléans, los cantos de los salmos y los sermones alternaban con los ejercicios militares, y no había allí orgías, ni blasfemias ni juego. Aquel campo de puritanos estaba mejor ordenado que un convento de frailes, si bien es verdad que aquel régimen de austeridad no duró mucho tiempo.

La toma de Beaugency (junto al Loira) en el mes de julio, dió al traste, desde los comienzos de la guerra, con aquella disciplina. Los hugonotes abrieron una brecha en la muralla, y los provenzales, que fueron los primeros en entrar, «cometieron, dice La Noue, más crueldades y saqueo contra los de la religión habitantes en ella que contra los soldados católicos que la defendían; y hasta hubo mujeres forzadas. Este ejemplo sirvió de patrón á los gascones, quienes demostraron poco tiempo después que no querían ser sobrepujados por nadie en punto á juegos de manos. Pero el regimiento

del señor de Yvoy, compuesto en su totalidad de franceses, hizo aún más que los otros dos como si se hubiese señalado un premio para el que peor se portase.» El ejército católico, para no ser menos, tomó y saqueó Blois (4 de julio), en donde fueron robados indistintamente los habitantes de una y otra religión.

La ocupación de Blois y el establecimiento de los católicos en el Loira, llevaron el desaliento á Orléans. La guerra comenzaba apenas y ya el partido protestante daba señales de cansancio. Los jefes de éste habían creído que la lucha terminaría con una negociación ó



Blas de Monluc, copia de un grabado de la época

una batalla; pero al verse condenados á la defensiva, sólo pensaban en regresar á sus hogares para proteger sus casas y á sus familias contra las poblaciones y las tropas realistas. A fin de evitar el mal efecto de las defecciones, Condé licenció á la mayoría de los grandes señores enviándolos en comisión á sus provincias.

Mientras en Orléans se negociaba, seguía empeñada la lucha en Provenza, en el Delfinado, en la Guiana, en el Langüedoc y en Normandía. El terrible jefe hugonote, des Adrets, se apoderó de todas las ciudades del Delfinado, excepción hecha de Brianzón y de Embrún, y pasaba á cuchillo ó arcabuceaba á las guarniciones que le oponían resistencia. En Montbrison (Forez), mandó precipitar desde lo alto de una torre á diez y ocho prisioneros (julio de 1562). En el Comtat-Venaisin, Orange era la plaza de armas de los reformados; Fabricio Serbelloni, que ejercía el mando en Avignón, en nombre del papa, había reclamado la ayuda del rey para reducir á los rebeldes, y con las tropas que le llevó el marqués de Carces había tomado aquella ciudad pasando á cuchillo á sus defensores (6 de mayo). En esto, llegó el barón des Adrets, derrotó al conde de Suze en Valreas (25 de julio) é invadió el Comtat; Avignón fué amenazada y los hugonotes pasaron el Durance y avanzaron hasta Saint-Remy.

Las grandes ciudades del Bajo Langüedoc, Montpe-